

a las pruebas de la existencia de Dios (pp. 279-290), *Carta a Juan Solís* (pp. 291-304); *Cuaderno sin título* (pp. 305-346), *Cuaderno XXXI* (pp. 347-374) y *Filosofía II* (pp. 375-412) no es lineal y sus límites son difusos. Por una parte, a lo largo de estos manuscritos vemos una cierta continuidad de la inicial adhesión juvenil al racionalismo y al positivismo que obligan a Unamuno a sostener –alimentándose de las lecturas de esta época–: «Dios es una barrera movable que, situada en los últimos límites del saber humano y acompañada de una gran X retrocede sin cesar ante los progresos de la ciencia.» Y añado yo; de la barrera acá todo se explica sin Dios, de la barrera allá ni sin Dios ni con Dios, Dios por lo tanto sobra» (p. 132). Y, sin embargo, por otra parte podemos descubrir también al Unamuno que va concediendo espacio al querer, sentir y creer: «[...] creo [...] porque [creer] satisface el sentimiento y las necesidades prácticas. [...] Parecerá raro que venga a parar a esto el positivista, el ateo teórico, el burlón por sistema, pero yo replico que nada hay más positivo que lo que menos lo parece, que el sentimiento es tan positivo como la razón [...]. El día que le quiten al hombre la fe le matan la razón» (pp. 301 y s.). Por ello, en estos *Cuadernos de juventud* el lector podrá recorrer las distintas sendas ensayadas por Unamuno en el intento de conciliar y delimitar aquella escisión; sendas que parten de una renuncia clara y decidida de la ortodoxia religiosa para desembocar finalmente en un reconocimiento, con algunos tintes románticos, del lugar del corazón y del sentimiento –anticipando así rasgos propios del pensamiento unamuniano–: «Resulta que sin Dios nada

se explica, que con Dios tampoco se explica nada; que para la razón es inconcebible un mundo que no tiene razón de ser o que la tiene en sí, inconcebible que la tenga en Dios. ¿Niego a Dios? No, y no y mil veces no. Yo soy tan creyente como cualquiera, soy en teoría creyente, en práctica hasta místico, y dejo de hacer mil cosas no porque me parezcan inconvenientes, sino porque me parecen pecado y ríase quien quiera» (p. 300).

En definitiva, *Cuadernos de juventud* constituye un libro indispensable en las bibliotecas de los investigadores del pensamiento unamuniano, quienes se dejarán sin duda cautivar no solo por todo lo que en ellos hay de la génesis del pensamiento de este filósofo, por las notas de lectura o los esquemas y esbozos de ensayos, sino también por los pasajes de carácter íntimo y personal, y los borradores y ejercicios de carácter literario allí depositados.

Héctor de Estal Sánchez
Universidad de Salamanca

RIBAS, Pedro, *Filosofía, Política y Literatura en Unamuno*, Madrid, Endymion, 2017, 331 pp.

El último libro del hispanista Pedro Ribas (1939) *Filosofía, Política y Literatura en Unamuno* nos acerca de una manera ejemplar diferentes aspectos de la obra y la vida unamuniana. Dividido en seis capítulos, no cabe duda de que arroja algo más de luz a aspectos inéditos y desconocidos del autor vasco y ayuda a entender otros analizados por la crítica anterior.

En el primer capítulo, “El pueblo visto por Unamuno en su primera y última novelas” Ribas analiza un cambio importante en su primera novela *Paz en la Guerra* y en la última *San Manuel Bueno Martín* a través de tres diferencias importantes: el paisaje, la acción y el pueblo. Este análisis se propone además resaltar la crisis de 1897 no sólo por un cambio de ideas religiosas sino también de ámbito estético, dejando a un lado la protesta por un plano cercano al sujeto en sí.

El siguiente capítulo “Filosofía, política e historia” acerca a la adhesión de Miguel de Unamuno a la Agrupación Socialista de Bilbao, algo poco conocido en la historia del filósofo vasco, pero de gran importancia. A través de este apartado Ribas expondrá como la causa principal de este compromiso es el rechazo a las condiciones de trabajo que estaban sufriendo los obreros del pueblo vasco. Aunque Unamuno nunca se ufanó en mostrar esta época de su vida, Ribas ha podido mostrarlo a través de las publicaciones en el diario vasco *El Nervión* y también en el semanario *La lucha de clases*. Es importante destacar además que, aunque sus aportaciones cesaron rápidamente, quizá por un paso de una mentalidad socialista a una más individual y por la crisis sufrida en 1897, se trata de un valioso material que muestra además ideas estéticas y morales que apenas eran tratados por los obreros de la época. El capítulo termina con las cartas entre Unamuno y Wenceslao Roces y Julio Álvarez del Vayo. Las primeras se desarrollan desde junio de 1924 hasta el verano de 1930. Los temas principales de esta correspondencia son el ambiente político de la época, con la dictadura de Primo de Rivera, años convulsos para intelectuales que como Unamuno fueron

desterrados o se exiliaron. El epistolario es una gran ejemplo de ello, y de la admiración de Roces al filósofo vasco.

Las segundas, recorren la década de los años 20, en ellas la cuestión principal es, además del rechazo al sistema político español, el deseo de Álvarez del Vayo de dar a conocer su obra internacionalmente. Asimismo, en el capítulo IV, Ribas muestra esta relación con más detalle, así como la vinculación con Araquistáin.

El tercer capítulo está dedicado a Unamuno y el problema agrario en España. Ribas parte de la destitución de rector de la Universidad de Salamanca en 1914 para desarrollar cómo Unamuno se mostró crítico con una España arcaica, pobre en recursos y potencialmente corrupta. Se rescata además el *Discurso en Palencia*, inédito en libro, donde podemos observar una de las mayores evidencias del conocimiento que Unamuno tenía respecto a los abusos de los latifundistas y las pésimas condiciones de los agricultores.

En el siguiente capítulo se destaca la relación de Unamuno con Araquistáin y Álvarez del Vayo. Ribas introduce el pensamiento de Araquistáin y su actitud frente a la política española, además de hacer referencia a las cartas entre ambos y las de Araquistáin con el filólogo Manuel García Blanco para recuperar cartas inéditas del filósofo vasco. En este apartado también se investiga las diferentes posiciones que Unamuno y Araquistáin toman sobre la Primera Guerra Mundial y sobre la visión de Alemania.

El capítulo V, “La recepción de Unamuno en la España de 1940 a 1980” nos lleva, primero a la adhesión al golpe militar del 36 y su rápida desvinculación pocos meses después. Ribas analizará la

oposición de algunos sectores de la sociedad española a la difusión de sus libros *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo* en los años 40. Sin embargo, arguye que muchos fueron los editores y literatos que transmitieron el pensamiento unamuniano en contra de los dictámenes establecidos. Se editaron sus obras o realizando trabajos acerca de Unamuno, especialmente relacionados con la postura protestante o católica del filósofo, dando así lugar a escisiones muy marcadas entre los críticos. A partir de los años 60, se observa una mayor apertura, tanto de temas como de publicaciones acerca de la obra unamuniana, así como homenajes, lo que demuestra, como expone Ribas, que Unamuno sigue siendo un autor vivo.

El último capítulo, nos aleja un poco de España para acercarnos a la vinculación de Unamuno con Hispanoamericana. Por un lado, aunque Unamuno nunca estuvo en Iberoamericana se mostró muy cercano a ella, desde su colaboración con revistas y periódicos como *La Nación* o *Caras y Caretas* como con las relaciones que mantuvo con intelectuales hispanoamericanos. Asimismo, se analiza su concepto de “hispanidad” ligado al lenguaje y su posición ante las colonias americana. Este capítulo culmina con un apéndice dedicado a las epístolas de Mariátegui con Unamuno.

En conclusión, estamos ante una obra con un material histórico, literario y filosófico que abre nuevas vías de investigación en diversos campos y que nos muestra a un Unamuno todavía latente dentro de nuestra historia del pensamiento.

Mercedes Gutiérrez Ayensa
Universidad de Salamanca

REDONDO SÁNCHEZ, P. y SALGADO GONZÁLEZ, S., *La isla de la verdad y otras metáforas en filosofía*, Santander, El Desvelo Ediciones, 2017, pp. 189.

Las consecuencias y ramificaciones de la presencia de estudios filosóficos en la Universidad de Salamanca desde hace ocho siglos son mucho más amplias de lo que cabe considerar en un primer vistazo. Es evidente que ha habido muchos profesores y brillantes investigadores impartiendo clases en sus aulas. Pero también es importante recordar que eso implica un número aún mayor de alumnos, bastantes de los cuales podemos pensar que han sido y son personas con gran talento y, frecuentemente, importante capacidad de trabajo.

No todos ellos han encontrado espacio para poder seguir una carrera docente en la facultad donde realizaron sus estudios, pero eso no significa que no hayan sido capaces de hacerlo en sus propios estudios o en otras aulas.

Un caso muy importante, por el número de las personas que pueden encuadrarse en la indicación anterior, es el de aquellos que han desarrollado su labor profesional como profesores de Enseñanza Secundaria. En ocasiones esto es más evidente cuando han terminado convirtiéndose en referentes dentro del panorama nacional, como es el caso de Gustavo Bueno Martínez, quien ejerció como profesor y director en el instituto Lucía de Medrano, a apenas un centenar de metros del campus donde se sitúa la Facultad de Filosofía en la actualidad.

La presencia de materias asociadas a la Filosofía en los diferentes currículos del sistema educativo español de ese nivel preuniversitario a lo largo del